

MEMORIA

QUE PRESENTA A LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

EL CORRESPONDIENTE DE LA MISMA

DON MIGUEL CANALS MIR



TEMA: Breve ensayo sobre el historial de la mujer
y necesidad de su educación.

Al meditar en solitaria y silenciosa contemplación la estupenda y colosal obra de la naturaleza, nuestra alma gozosa se extasía en medio de miles de bellezas, en medio de miles de encantos, en medio de miles de maravillas. El suave y perfumado céfiro blando que acaricia nuestra frente: los primeros resplandores del crepúsculo matutino que tiemblan allá en los confines del horizonte; los vivísimos rayos del astro del día que acarician la tierna y delicada flor; las templadas auras que circulan bajo el follaje de los frondosos bosques; los refulgentes luceros de la estrellada bóveda en apacible noche de verano y la creación del hombre en medio del Universo, todo ello forma un conjunto virginal de melodiosas y armónicas voces que, recreando nuestra mente, nos recuerdan a cada paso en sus arrebatadores cantos, la mano potente de aquel Artífice de todo lo creado. Y cual si tantos portentos y maravillas, no bastaran a aquella inmensa Grandeza que todo lo ordena y todo lo impulsa para asombrar al mundo con los esplendores de su divina magnificencia, acrosofía y poderío, arrancó del lado del corazón de Adán una de sus costillas y formando con ella su obra póstuma, dió forma y vida a un nuevo sér, el cual adornó y enriqueció en cuanto al cuerpo con toda clase de

gracias, con toda clase de bellezas, con toda clase de atractivos, con toda clase de bellos encantos; y formando al mismo tiempo su alma y su corazón con las más sublimes facultades y peculiares sentimientos, entregó tan esbelta y virginal criatura al rey de la creación, para que éste, amándola y protegiéndola, fuera su compañera fiel e inseparable, alegrara y embelleciera con su presencia las moradas del Edén y desempeñara más tarde el sublime y augusto ministerio de madre de la humanidad. Tal fué, señores, la creación de la primera mujer.

La aparición de tan angelical criatura en la gran escena de la creación nos patentiza de manera elocuentísima la necesidad de su existencia. Dios, con su ilimitada acrosofía había trazado ya en los vetustos antros de los tiempos, el curso de todos los acontecimientos que se habían de verificar en el gran teatro del Universo. La existencia de los ángeles por una parte y la rebelión de un buen número de éstos por otra en las regiones celestes ya era una realidad; la creación del mundo terráqueo no era ya una duda, y la noble y majestuosa figura de Adán paseándose por las amenas praderas y deliciosos vergeles de aquel florido, risueño y fructífero Edén, proclamaba de un modo maravilloso la realización en parte de los divinos proyectos concebidos por el Eterno. Mas en medio de todo ello, aún faltaba todavía que la majestad Divina ostentara más y más su ilimitado poder en aquella de la cual había de nacer el Hijo-Dios; aún faltaba todavía aquella prole humana que originándose en Adán, nuestro primer padre, se extendiera y se dilatara por los cuatro ámbitos del mundo y en la cual pudiera el divino Poder, ejercer su decisiva predestinación; y faltaba por último quien auxiliara al progenitor de la humanidad, esto es, al solitario del paraíso en sus penosos trabajos cuando fuera destinado a vivir errante por la faz de la tierra; quien le confortara en sus debilidades y aflicciones y quien endulzara sus amarguras. ¿Véis ahora porqué, señores, Dios hubo de pronunciar aquellas sublimes y notables palabras cuando dijo, según se desprende del Génesis «No es bueno que el hombre permanezca solo en la tierra. Hagámole una ayuda semejante a él»?

Y si al crear Dios a los árboles para que produjeran sabrosos y abundante fruto; a la abeja para que fabricara dulces panales de miel y al hombre para que conociera, amara y sirviera a su Creador, ¿cuál no será la misión de la más bella perla salida de las manos del Omnipotente, de la obra en el Universo, esto es, la mujer? ¡Ah, señores! Grande, colosal, simpática y altamente

sublime es la misión de tan bella criatura. Vedla, sino, desempeñando su cometido, alimentando con el dulce jugo de sus pechos al fruto de sus entrañas, ostentando sobre su hermosa frente la resplandeciente aureola de la maternidad. Contempladla, cuando mece a la débil criatura y le comunica el calor de su regazo y le adivina hasta sus más recónditos deseos y pesares, consolándole con el arrullo de su amor y enjugándole las lágrimas con el paño de sus sonrosados labios. Pero, ¡qué digo! ¿No es por ventura la mujer, la aspiración constante de la juventud, el regalo y arrimo en nuestra edad madura y el báculo firme de la achacosa vejez? ¿No es ella la que imprime en el hombre aquella superioridad de genio que lo hace célebre en los fastos de la ciencia, la que presta divina inspiración al poeta para encumbrarse al pináculo de la gloria y la que guía a la imperecedera inmortalidad al héroe? ¿No la distinguís cuando convirtiéndose en inteligente jardinera siega con la segur las punzantes espinas del camino del hombre, alfombrándolo de espesas, fragantes y aromáticas flores? ¿No la véis al presentarse como ángel tutelar para conducirnos con su buen consejo por el camino del cielo? Calando más en su vasta misión, ¿cuál es el dolor que la mujer no mitigue, la pena a la que la mujer no encuentre alivio, ni lágrimas que la mujer no enjague con su paño fabricado con los afectos más nobles y generosos de su corazón? Así es que al resumir con figuras retóricas la grande, la colosal y la noble misión de la mujer no podemos menos que exclamar y decir: que ella es la reina que sentándose en el trono maternal del alcázar doméstico, reparte manirrota a toda la familia cobijada bajo su regio manto todos los tesoros de su amor, todos los tesoros de su cariño, todos los tesoros de su ternura y todos los tesoros de su dulzura. Ella, es la destinada a ser la lumbrera que ilumine la vida verdadera de las sociedades; el faro que anuncie los escollos en que puede naufragar el hombre; la profetisa que indique la vida por venir; la sibila que sondee los misterios del espíritu; la musa que lleve al corazón las inspiraciones humanas y la sacerdotisa que levante la conciencia a las regiones del infinito.

Pero ¡ah, señores académicos! Semejante grandeza y excel-situd que hoy reconocemos en la misión de la mujer, fué ignorada, como sabéis, por los hombres de muchos pueblos de la antigüedad. Tan luego como se hubo verificado aquella ruidosa dispersión de la humanidad en las fértiles llanuras del Sennahar, producida por la confusión de su lenguaje con que Dios la castigó, muchísimos

de aquellos hombres llegaron a divorciarse totalmente del consorcio último que debía unirles con el Eterno, y plantando orgullosa bandera contra el Supremo sér, abrieron los anchos y profundos cimientos de aquel horroroso paganismo que más tarde inundó al mundo de espesas y oscuras tinieblas. De aquí nació que la pestífera influencia de tan falsa como detestable teogonía pagana, abatió la noble y elevada misión de esa pitonisa cuanto misteriosa mujer, colocada por la Providencia entre el cielo y el hombre, y sólo vieron en ella al ser colocado entre el sexo fuerte y su degradación. Miopes y obcecados en el modo de considerar la verdadera misión de tan bella criatura, dió por resutado que la mujer fué entre los paganos el sér más degradado que concebirse pueda. Sin dignidad, sin educación, sin voluntad propia, sin ninguna consideración social y hasta sin derecho a la vida, era tratada por el hombre como mero instrumento de su desordenado capricho, pues del mismo modo como se la adquiría se la vendía; tan luego se la despreciaba como se cambiaba por otra, cual si fuera mercancía: ora se la arrojaba del hogar en donde se habia mecido durante su infancia, ora se la pisoteaba cual asqueroso reptil. Los malos tratamientos, el sumo apendetismo en que se hallaba engolfada y las fatigas a que de ordinario estaba expuesta, nos dan claramente idea de que la mujer en aquellos calamitosos tiempos de ignorancia y de barbarie era considerada como ordinaria bestia de carga: y en otro sentido, cuando la naturaleza la adornaba de atractiva belleza, era regularmente destinada a la venta pública, siendo adquirida por lo regular, por algún poderoso a fin de engrosar sus lujuriosos harems o serrallos. Con tales antecedentes, nada de extraño es que la Persia menospreciara y damnificara a la mujer; que el Africa la envileciera, que la convirtiera en impúdica la Lacedemonia, que la oprimiera Atenas, que la India la tiranizara y que la poderosa y augusta Roma de los Césares la sometiera en vil objeto de su asqueroso libertinaje.

(Continuará)